

Libros del Asteroide



Ignacio Peyró

Qué hacemos con los domingos por la tarde

Apuntes sobre la vida adulta



SOBRE ESTE LIBRO

Posiblemente un solo párrafo de Julio Camba haya hecho más por nuestra literatura que una novela entera de Benjamín Jarnés: no es una observación original, pero sigue siendo un hecho llamativo que, de nuestro viejo siglo xx, algunos de los escritores que mejor perviven sean los que más escribieron en periódicos. Y habrá que empezar a sacar las cuentas del xxi. Por supuesto, un género menor puede tener un papel central, pero cabe plantearse si el articulismo y la crónica no han llegado a esa centralidad justamente por ser un género que permite cruzarse con otros muchos: al fin y al cabo, una buena columna puede desarrollar una postura convincente, contar una historia o incluso —con perdón— vibrar como un poema. Por mi parte, hace veinte años que publico artículos aquí y allá: si los escribo es por el placer superior que desde siempre me ha dado, en libros o en

periódicos, del pasado o del presente, leer los de los demás.

Con ya no sé si dos o tres excepciones, los textos de este libro provienen de artículos publicados en *El País Semanal* desde 2022. Se dan aquí como aparecieron en su día, sin más cambios que los obligados. Siempre pensé recogerlos en libro: algunos escritores dan más importancia a unas obras o a otras; en mi caso, de alguna manera, todos los libros son el mismo. También los alienta una misma preocupación de honrar la tradición en prosa de mi lengua y explorar su ritmo y su tensión. Tengo un afecto particular por este *Qué hacemos con los domingos por la tarde*: ha sido mi libro más lento; sus textos me han ido acompañando por un buen trecho de la mediana edad. Escribir sin gritar es un lujo en retirada, y yo todavía he podido aprovecharlo.

Dedico este libro a mis padres —como siempre— y a Jordi Gracia, que me invitó formalmente a escribir en *El País*. Observo que, al modo de las películas, en los últimos tiempos se ha hecho frecuente incluir listas, a veces muy prolijas, de agradecimiento. Cumpló sin prolijidad, pero con todo el gusto: mi gratitud a Belinda Saile, Xavier Sancho, Javier Rodríguez Marcos, Borja Echevarría y Marc Bassets.

Cuesta abajo

Libros del Asteroide

Gente de mi edad

Llega una edad en la que empezamos a perder algún diente y algún amigo del colegio, y un día cualquiera se nos ocurre pensar que nuestro nacimiento ya está más cerca —por ejemplo— de la batalla del Ebro que de hoy. Es sabido que, «a la mitad del camino de la vida», Dante se encontró en una selva oscura: hasta hace no tanto, las melancolías de la edad eran un lujo del que solo necesitaba consolarse quien, para lidiar con ellas, podía acudir al eficazísimo remedio de un descapotable. Ahora es más fácil encontrarse no ya en una selva oscura, sino en una casa peor que la de tus padres o en la supervivencia de un divorcio, intentando cuadrar las cuentas de la vida. Como los bólidos están imposibles, veo a amigos en Facebook prepararse para el medio maratón. Si la crisis es muy intensa, maratón entero.

El mero hecho de publicarlo en Facebook se va pareciendo ya, en inactualidad, a comunicarlo por télex,

aunque en esto de las edades hay que poner por delante una *excusatio non petita* pero necesaria: la medida es relativa a uno mismo, y Matusalén, que vivió 970 años, tal vez pensara que su abuelo Jared, que vivió 960, siempre pecó de inmaduro. De hecho, también es relativa a los demás: a mis cuarenta y dos años sería un *enfant terrible* en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, pero, si entro en una discoteca, tal vez se persone la Guardia Civil. Lo importante es que llega un momento en que dejamos de ser jóvenes y nos convertimos en hijos del tiempo. Los días pasan lento y los años pasan rápido.

Uno podría pensar que el proceso es gradual, pero se vive como si uno se acostara mozo y se levantara adulto. Hay una distancia muy corta entre el día que piensas que tus rodillas ya no están para dar según qué saltos y el día que ves que tu amor de la infancia tiene hijos adolescentes. Como a todos, a mí el tiempo también me atropelló: pensé que pasaría por la vida encapsulado en una especie de áspic, con unos treinta y cinco años eternos, y sin cometidos mucho más juiciosos que beberme cada noche esos gin-tonics como balones de oxígeno que ponen en Arzábal. Ahora llegan las once de la noche y ya, más que un gin-tonic, lo que apetece es un abrazo. O un colacao.

Admito que pueda ser un adelanto civilizacional, pero se hace duro ver a gente en edad de llevar bar-

cos de guerra poniendo frases motivacionales — «tú lo vales, monstruo» — en Instagram. Veo entre mis contemporáneos una clara división: de un lado, los superpapis, que van siempre azacaneados y sin tiempo para nada, entre los niños y la política exterior tan complicada de las parejas; de otro, los divorciados, que se han volcado en la religión secular de la mejora personal, lo que suele incluir un poco de gimnasio, un poco de bitcoin, una barba ya respunteada de canas, ponerse el polo de tus hijos y ligar hasta con la operadora de Naturgy. Eran muy de votar a Ciudadanos. Superpapis y divorciados coinciden en una cosa: todos se han ido del centro a Las Tablas. Les separa otra: unos pasan sus noches de soledad en *apps* de ligue; otros dedican las tardes de paz casera a —sea por Vox o por Sánchez— algún tipo de guerra cultural.

Los sociólogos han llamado «años de la odisea» a la navegación tan difícil que va de los años en que uno se forma a los años en que uno se asienta. Esto antes se llamaba mediana edad, pero —como el entretiem po— la mediana edad no existe, siquiera sea, ay, porque uno ya sabe que no ha de ser mediana a la fuerza. Las fotos de hace diez años son un reproche; Tinder parece una *vanitas* hasta que descubrimos que, más bien, es un espejo. Me lo dijo un colega colombiano: «Todos mis amigos han tenido que elegir entre Emaús o el alcohol». Entremedias, está aquello de

Ungaretti, cuando pide que le dejen «así / como una cosa / colocada / en una esquina / y olvidada». «Aquí / no se siente / nada más / que el calor rico / Estoy / con las cuatro / cabriolas / del humo / del hogar». Sí, que la vida iba en serio uno lo empieza a comprender muy tarde.

La vida encoge

El día que cumplí cuarenta años fue un día muy feliz, pero —como una nube que de pronto oculta el sol— se me cruzó por un instante un pensamiento: «Aquello que va a matarme ya ha nacido». Una de las alegrías menos alabadas de la juventud pasa por tomar la vida como un set de posibilidades infinitas y no como algo que siempre —sin remedio— va a peor. El tiempo, en efecto, va redimensionando la felicidad hasta que la felicidad ya consiste en que no te pase nada horrible: que esa tos no lleve consigo una sorpresa, que el número desconocido sea de un repartidor y no del tanatorio. La mayor alegría de este mes ha sido hacerme unos análisis y que el médico diga: «¡Estás hecho un pimpollo!». Es lo que te dicen cuando ya no eres un pimpollo.

Que el paso de los años sea una catástrofe universal no significa que uno no lo sienta como una puta-

da personalísima: podemos tener un carácter apacible, podemos tomarlo con madurez, que nada de eso lima los destrozos. Vista desde la juventud, la mediana edad era una aprensión lejana, a imagen de esas noches de gloria en las que, pese a todo, algo anidado en nuestro córtex sabe que mañana aún habrá que ir a trabajar y pagar tasas e impuestos. Luego vemos que la mediana edad solo llega, no se anuncia. Y uno mira sus efectos como el perito que se mete en una casa a evaluar los daños.

Los primeros son los físicos: las canas dejaron de ser una broma privada con el peluquero para ser la nueva normalidad. De pronto lo que nos importa es ir al baño con solidez, mantener algo de pelo, las piezas dentales, una erección esbelta: después de todo, ya estamos rodeados de gentes para quienes palabras como «quimio» o «biopsia» son parte de su día a día. Luego viene lo metafísico, porque también encoge esa felicidad modesta que son las alegrías: hace poco queríamos probar cierto vino, nos ilusionaba ir a aquel sitio de sushi; ahora lo que nos da contento es tener un buen seguro de hogar o haber comprado casa con cabeza. Puntos extra si en el banco te invitan a un *nespresso*. Contemplar el fondo de inversiones empieza a tener algo de complacencia erótica: creíamos que lo de Mapfre —«el puente hacia su jubilación»— eran anuncios y resulta que eran profecías. Ocurren cosas

que, jóvenes y malditos, nunca hubiéramos creído: de pronto, nos gusta la ropa de casa.

La sociabilidad cambia, claro. La realidad se empieza a poblar de moralejas en cabeza ajena: el fracaso —aprendemos— solo es fracaso, no una forma heroica de belleza. Con frecuencia, el sentimiento es el de ir caminando en un desguace. Aquel periodista que prometía tanto. Ese noviazgo prolongado de más. El niño que bien podíamos haber dejado en el limbo de los no nacidos. Las relaciones se enrarecen: a poco que te vaya bien, habrá muchos voluntarios para odiarte, pero ahora sabemos que, de no haberte ido bien, tampoco iban a quererte. El tiempo nos reconcentra: nos aleja, no nos acerca a los demás. Así, el silencio cartujano puede no ser muy agradable, pero suele hacerse preferible al contacto con individuos de nuestra misma especie biológica. Pese a todo, tenemos que conocer gente, y estrechamos sus manos como si nos ajustáramos una corona de espinas, y todavía hay que sonreír con la sonrisa que uno pone cuando le están endodonciando. Laboralmente hay quien mantiene grandes ambiciones pero, una vez nos hemos demostrado que no somos los más inútiles de los alrededores, ese empuje napoleónico ya parece una chiquillería o una vanidad. Culturalmente, nuestra propia época termina por adelantarnos —y sepultarnos— a todos: como dice un amigo, «yo creía

que Green Day era una plataforma ecologista». Nadie muere moderno.

Quizá lo peor sea, con todo, intuir que lo malo solo acaba de empezar, que llegará el momento de saberse sobrantes, que al final nos iremos del mundo como se arranca una costra: con dolor y a la vez con alivio. Sí, ciertamente siempre hay razones para vivir: por ejemplo, entregarse a la bebida, pero si algo hemos aprendido es que aquí vamos a pagar hasta la última ronda. ¿Qué hacer? Valentí Puig busca «crepúsculos para tener una copa en la mano / y pruebas de algún afecto que perdure». Es cosa muy hermosa. Si no, siempre podemos quedarnos en casa a verlas venir, enfundados en un cárdigan: ya pasaron los días de sol, ahora nos toca la temporada de las lluvias. Pero quizá haya otras lecciones de la edad: nada nos anima a pelear como tener todo que perder.